

EL PADRE

En este homenaje al querido Cardenal Eduardo Pironio, puesto bajo el lema *Un testigo de la esperanza*, me ha tocado el honor de hablar de su espiritualidad centrada en *Dios Padre*, a imitación de nuestro Señor Jesucristo. Para combinar el lema de la esperanza con el tema del Padre elegí reflexionar sobre el libro de Pironio *El Padre nos espera*, fruto de unos Ejercicios Espirituales predicados a las Carmelitas Descalzas de Coimbra¹.

Pironio justifica el *tema* planteando la duda de que “hayamos hablado suficientemente del Padre... la gran revelación de Jesús”. Ahora bien, “hablar del Padre no es simplemente hacer un *estudio* sobre la paternidad divina; es, sobre todo, introducirnos en una rica *experiencia* de la cercanía e intimidad del *amor inagotable del Padre* (Jn 16,27)” quien nos amó *primero* (1Jn 4,10) y quien nos amó *tanto* que envió a su Hijo unigénito (Jn 3,16)². Luego hablar del Padre es, ante todo, referirse a la revelación de su *amor*. Pero además es hablar de su *esperanza*, como se deduce de su *Plática introductoria*. Allí el Padre es el nombre “fontal” de Dios, la revelación central de Jesucristo y la aspiración primordial del corazón humano, expresada por Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta” (Jn 14,8). Del Padre Pironio se propone mostrar aquí que *nos ama*, *nos reconcilia* por la sangre de su Hijo, *nos dará todo* lo que le pidamos en su nombre para realizar su voluntad, *nos espera*, es decir, aguarda que

1. E. PIRONIO, *El Padre nos espera*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid 1985. Las 14 meditaciones en cuanto a su *forma* siguen la estructura del método espiritual monástico: *lección, meditación y oración* ordenadas a la *contemplación*. Partiendo de la *lectura* de textos bíblicos, desglosados por un *comentario* exento de tecnicismos, Pironio pasa a una *meditación* espiritual que acaba en una *oración*, generalmente de cuño mariano.

2. *Ibidem*, 7.

con Cristo retornemos a su casa celestial (Jn 14,2)³. Luego no se trata sólo de que nosotros lo amemos y lo esperemos a Él como *objeto* sino de que el Padre es *sujeto* del amor, de la reconciliación, del don y de la esperanza del gran encuentro con Él después de muerte.

Las 14 meditaciones pueden ordenarse en tres grupos. En las tres primeras partimos de Cristo, revelador del Padre (1) y camino hacia el Padre (2), para descubrir *quién es* este en su intimidad, en su vida de eterna comunión con el Hijo y con el Espíritu Santo (3). En las siete meditaciones de la parte central contemplamos *lo que hace* el Padre por nosotros, a saber, nos ama (4) y se apiada de nosotros (5), nos alimenta con el cuerpo de su Hijo (6) y nos adopta como hijos en el Espíritu (7), nos da los bienes necesarios (8) para que demos nuestro amor a los demás (9) y espera que nos reencontremos con Él después de la muerte (10). Finalmente las cuatro últimas meditaciones exhortan a la *oración filial* (11) y sacerdotal (12) a la alegría de la *esperanza* (13), a invocar a María como camino de esperanza (14).

Tanto esta cantidad de temas como el espacio ocupado por una sola meditación de Pironio exceden el límite que me asigna este coloquio. En consecuencia, privilegiando las meditaciones centrales, de ellas elijo las dos primeras, acerca del *amor* del Padre (1) de su *misericordia* (2), y la última, acerca de su *esperanza* de acogernos en su morada celestial (3). Comento sólo algunas frases interesantes.

1. El amor del Padre

La cuarta meditación trata del *Amor del Padre*⁴. Pironio presenta los textos clásicos del evangelio de Juan (“Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único” [Jn 3,16s, Cf. Jn 5,20; 1Jn 4,9-10]) pero muestra su sello original cuando elige como texto básico uno que le permite superar una visión ingenua del amor. Se trata de la alegoría de la vid (Jn 15,1-17) en la cual el Padre es el viñador que “nos poda, nos limpia, nos purifica, nos hace morir para que podamos producir fruto” como también ocurre con el grano de trigo sembrado en la tierra (Jn 12,24). Con una pizca de humor Pironio comenta: “no le tengamos miedo a la cruz [pero] no la pidamos nunca porque el Padre enseña la da mucho más sobreabundantemente de lo que pudié-

3. *Ibidem*, 16.

4. *Ibidem*, 65-77.

ramos pedir; pero si Él nos la regala démosle gracias por este don por el cual podándonos, nos permite dar aun más fruto”⁵. Más adelante agregará que el Padre “tiene un extraño modo de amar: cuando nos ama nos prueba, nos crucifica, pero lo hace por amor. Por eso Santa Teresa decía que Él tiene pocos amigos”⁶. Pero aparte de esto la meditación sigue las líneas clásicas de la teología del amor de Dios, elaborada a partir del ya mencionado pasaje de 1Jn 4,10 (“Dios nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”). Pironio confiesa que este versículo siempre lo ha impresionado mucho. Ante todo porque muestra que lo importante es saber que *Dios* nos amó y no el preocuparnos por pensar si *nosotros* le amamos o no; en realidad el amor de Dios es tan fecundo, tan creador que *engendrará en nosotros la respuesta*. Además porque contrasta con una visión antropomórfica del amor de Dios. Pironio enseña: “Dios no es como nosotros. Nosotros amamos una cosa o a una persona *porque es buena*. Dios, en cambio, al amarla, *la hace buena*”⁷. Pironio cita aquí el principio tomista de predilección⁸. En otras palabras: alguien es bueno porque Dios lo ama, y no al revés; alguien es mejor que otro porque Dios quiere para él un bien mayor y no al revés. Esta inversión, clave de la doctrina de la elección y de la gracia divina, se fundamenta en el principio paulino: “todo depende, no del querer ni del correr del hombre sino de la misericordia de Dios” (Rm 9,16).

2. La misericordia del Padre

Justamente la quinta meditación comienza hablando del “Padre de las misericordias” según 2Cor 1,3-7. Cuando nos referimos al Padre de las misericordias necesitamos entrar en comunión muy profunda con los pecadores, con el pecado del mundo y con *nuestro propio pecado* evitando tanto el extremo de no pensar en él como el de obsesionarnos por él de modo que olvidemos la misericordia del Padre y la Sangre de Jesús así como el dolor del pecado de los hombres (p 84s). Pironio medita sobre la misericordia del Padre a partir de la parábola de Lucas cuyo protagonis-

5. *Ibidem*, 69.

6. *Ibidem*, 74.

7. *Ibidem*.

8. La cita “El amor de Dios *crea* [e infunde] la *bondad* en las cosas” está en Santo Tomás, *Summa Theologiae* I q 20 a 2, como ya lo advertía el mismo Pironio en una de sus primeras publicaciones: “El principio de predilección”, *Revista de Teología* (La Plata), 2 (1952) 7-31. La fórmula se inspira en *De Causis* prop 22 (que omite *amor*).

ta principal es el Padre misericordioso y no el hijo pródigo. En ella no sólo trata de los tres momentos del pecado, la conversión y la fiesta de reconciliación⁹ sino de sus tres personajes. Del *hijo menor* Pironio subraya sus dos actitudes: la autosuficiente, que lo aleja de la casa del Padre y la penitencial, que lo lleva a regresar a ella¹⁰. Cabría agregar, en el alejamiento, su rechazo a recibir los bienes del padre y a compartirlos con el hermano, así como, en el retorno, su falta de confianza en la misericordia del padre. De este *padre* Pironio subraya, ante todo, su *respeto* hacia la libertad del hijo, permitiendo el pecado para que después uno se arroje en su amor, se sienta más humilde y viva con más alegría su entrega; en segundo lugar, el padre *espera* siempre al hijo para acogerlo con misericordia, abrazándolo y besándolo¹¹. Finalmente, del *hijo mayor* que permanece en la casa del padre, subraya su contraste, no solo con la actitud del padre –rehúsa festejar el regreso del hermano y reconciliarse con él– sino con su lenguaje –no pronuncia las palabras “padre” ni “hermano”¹²–. Cabría agregar que, frente a los celos del hermano mayor el padre responde llamándolo *hijito* (v. 31), tratándolo con la misma ternura paternal que al menor. El padre ama a sus hijos por igual pero del menor espera que se convierta a su amor misericordioso mientras que del mayor aguarda que reconozca la dignidad del hermano y se reconcilie con él. Para llegar a esto quizá sea necesario que este hermano mayor que somos todos los fieles cristianos demos otro paso y dirijamos la mirada a *otro hermano* que, como el mayor, es *primogénito* o, mejor, *el primogénito* entre muchos hermanos; otro hermano que, como el mayor, *siempre ha estado con el Padre* (v. 31) y *le ha obedecido y servido* (v. 29) pero llevando esta actitud hasta el extremo de la muerte de cruz.

3. La esperanza y el gozo del Padre

Por vía de contraste Jesús no sólo asume y eleva estos rasgos del hermano *mayor* de la parábola sino que, en la última Cena, hace otro tanto con el hermano *menor* que sale de la casa del Padre y a ella retorna: “Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28).

9. E. PIRONIO, *El Padre nos espera*, 87ss.

10. *Ibidem*, 88.

11. *Ibidem*, 89.

12. *Ibidem*, 90.

Para Pironio este es el esquema de *nuestra vida*. En su 10ª meditación comenta: “También nosotros hemos salido del Padre el día del bautismo cuando fuimos hechos sus hijos adoptivos [...] y desde entonces estamos viviendo en el seno del Padre. Pero venimos al mundo para realizar una tarea [...] Cuando hayamos terminado la misión volveremos al Padre”¹³. Y en su *Testamento Espiritual* citará este versículo y agregará: “Gracias, Señor y Dios mío, Padre de las misericordias, *porque me llamas y me esperas. Porque me abrazas en la alegría de tu perdón*”.

Para Jesús este retorno al Padre iluminaba y transfiguraba la hora sombría de la *muerte* en la hora radiante en la que él, elevado sobre la cruz, atraería a todos hacia sí (Jn 12,32). Por eso aún la turbación natural frente a la muerte no generaba en él la angustia del huerto de los olivos ni el grito desesperado de la cruz sino la sensación de haber alcanzado *la meta: glorificar el nombre del Padre* “Ahora mi alma está turbada. Y ¿voy a decir ¡Padre, librame de esta hora!/? Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre” (Jn 12,27s).

En su 10ª meditación (*La muerte como vuelta al Padre*) Pironio aborda este misterio con la misma serenidad que nos transmite este evangelio de Juan. “La muerte no es un fin sino el comienzo...es el gran día!”¹⁴, aquel por el cual suspiraba Santa Teresa en su letrilla “vivo sin vivir en mí y de tal manera espero que muero porque no muero”. Pironio nos confía que “cuando joven sacerdote hablaba mucho de la *alegría de la muerte* y la gente quedaba un poco desconcertada” pero con los años fue comprendiendo que “la muerte como separación del alma y del cuerpo no es natural. Y por eso se ansía y espera la resurrección final”¹⁵. “Por tanto toda nuestra vida tendida al Padre está llena de la alegría de morir, del temor de morir, pero también de las esperanzas de morir... ¿Por qué?... Esperamos porque el Padre de las misericordias nos hizo para sí y nos aguarda, como el padre de la parábola del hijo pródigo”¹⁶.

Por mi parte agregaría que, así como en la cruz del Hijo el *Padre padece junto con el Hijo* la “pasión del amor”, esto es, la misericordia hacia la humanidad pecadora¹⁷, también por su crucifixión, resurrección y as-

13. *Ibidem*, 158.

14. *Ibidem*.

15. *Ibidem*, 159.

16. *Ibidem*, 160.

17. “¿Acaso no padece también, *en cierto modo*, el mismo Padre y Dios del universo, «magnánimo y de gran misericordia» (Sal 102,8)? [...] El Padre no es impasible: an-

censión *el Hijo se regocija con el Padre* por esa humanidad caída y convertida (Jn 15,11)¹⁸. Pero *¿cuál es el gozo del Padre?* El velo de este misterio ha quedado entreabierto en las tres parábolas del capítulo 15 del evangelio de Lucas. Las dos primeras revelan que habrá más *gozo en el cielo* por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesiten hacer penitencia (Lc 15,7.10) mientras en la tercera el Padre desborda de alegría e invita a festejar por el regreso de su hijo perdido y rescatado, muerto y resucitado (Lc 15,23s.32). Jesús que reveló a sus amigos su propio gozo por pasar de este mundo al Padre ¿acaso nos podía ocultar la alegría del Padre? Es hora de que regresemos una y otra vez a esa maravillosa parábola del evangelio de Lucas en la que *el secreto de la paternidad divina* es no sólo su *amor misericordioso* hacia el pecador arrepentido, sino su *alegría* por el hijo recuperado.

Pironio concluye su meditación con este pensamiento “Vamos hacia la casa del Padre. La *alegría de morir* consiste en saber que volvemos a la casa del Padre, llevados por la mano de Jesús... Será la plenitud de nuestra adopción filial, el gozo de la Trinidad... Será la definitiva comunión humana... la gran comunión eclesial: será un solo Pueblo de Dios, un solo Cuerpo de Cristo, un solo Templo del Espíritu. Seremos consumados en la unidad”¹⁹.

Pironio ha encarnado en su vida el tema del último sínodo celebrado en Roma en el mes de octubre: “El obispo, artífice de la *nueva evangelización para la esperanza del mundo*”. Por mi parte espero que lo adoptemos como modelo en esta tarea de la *nueva evangelización* y que recojamos su mensaje de *esperanza* para que, habiendo cumplido con aquella misión en la vida presente podamos, después de esta, reencontrarnos fraternalmente con él en la casa del Padre, junto con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Mons. Dr. RICARDO FERRARA

Decano de la Facultad de Teología de la UCA (Buenos Aires)

te la oración se apiada y se compadece, *padece de amor*, se vuelve *eso que no puede ser por la magnitud de su naturaleza*” (ORIGENES, *Homilias in Ezechielem*. VI,6 [PG 13, 714s]). Cf. *Contra Celso* IV 14 [“sin cambio en cuanto a la esencia”]).

18. Remitimos a nuestro estudio “El amor del Padre” en R. FERRARA - C. GALLI (eds.) *Nuestro Padre misericordioso. Nueve estudios sobre la paternidad de Dios*, Paulinas, Buenos Aires, 1999, 53-84, esp. 76-84.

19. E. PIRONIO, *El Padre nos espera*, 166ss.